

Any

1975



S. VICENTE FERRER
Patron de Valencia y su Reino.
Propiedad de las calles Tapineria y Milagro.

**Associació de Sant Vicent Ferrer
del "Mocadoret"**

LA FIESTA DEL PASADO AÑO

27-4-74 (sábado)

Tarde regular, sin apariencias de mal tiempo.

La animación consabida —víspera de fiesta—, que es ya comienzo verdadero por las calles Tapinería, Verónica, Milagro del Mocadoret.

A última hora lloviznea. Está ya el Santo esperando el que se le traslade a la iglesia de San Martín, radiante de limpio y de ofrendas de antiguos clavarios en casa de Paco Ivars y de Teresa Solano en la amplia y antigua posada le la calle de Zuradores.

Más animación, pero las calles están ya mojadísimas. Una buena lluvia cae sin parar y en un coche se lleva al Santo a la parroquia de San Martín.

Los siete u ocho pasos que hay que dar desde la acera para llegar al interior del templo, sobre ser tan rápidos, salpícanle.

Ya en el altar mayor, al observarle de cerca, veo como en su sonrosada carita una gota diminuta de agua que se asemeja a un lagrimita...

28-4-74 (domingo).

Hoy, domingo, amanece regular el día. Bastante limpio el cielo I no llueve. Buena despertá con los habituales madrugadores.

La mañana prosigue bien. Al término de la misa mayor —solemnísima como siempre, bastante repleta la iglesia y con asistencia de delegados o presidentes de los demás altares vicentinos—, el desfile con las chicas vestidas de valencianas y los endomingados componentes de la Junta Directiva y el insustituible Vicente Añón.

A la puerta de la iglesia varias chicas rutilantes de sedas, alhajas, juventud y belleza, charlan.

Una pareja del extremo oriente, jóvenes, parecen recién casados, observan. Ellas no se dan cuenta.

Como él —rasgos parecidos a ella, ojos oblicuos y lánguidos, tez entre amarillenta y cetrina—, intenta vanamente su cometido, intervengo; hago situar a las jóvenes y ya satisfechos realizan varias placas.

Intento hablar con ellos con algo de francés, un poco menos de inglés.

Inútil. Sonrisas, inclinaciones de cabeza, más sonrisas...

Por señas les pido me sigan. Mientras el pasacalle iniciase ya.

Voy con ellos por la plaza de la Reina a entrar por el pasillo y enseñarles el altar. Llegamos. Estupor y alegría en sus rostros sencillos. Más fotografías... No hay, pues, manera de entenderse. Cuando se me ocurre sacar mi carnet de identidad... yo quería saber al menos de dónde eran. Japan... Japon.

Nos despedimos entre la baraunda de la dispará de la placeta de Lope de Vega.

Más sonrisas y un suave apretón de manos de este matrimonio que allá, a sus lejanas tierras de Asia, llévanse la alegría de nuestra fiesta de San Vicente del Mocadoret.

Quando a las siete y media largas de la tarde sale la procesión, empieza a llover. Calles de San Vicente Mártir, Derechos, Trench, Lope de Vega, Sombrería, y cada vez más agua. Plaza de Santa Catalina y unas grandes veloces nubes que vienen del mar, grises, muy oscuras.

Ya las calles están mojadísimas cuando llegamos a Correjería, Juristas... muchos que a prevención llevan paraguas los abren, bastantes llevan gabardinas, los cirios van encendidos, pero van apagándose.

Al llegar a Caballeros ya vamos muy aprisa. Cocinas y Bany dels Pavesos es ya un verdadero diluviar, Correjería es una lluvia tupida. Zuradores, Zapatería de los Niños —por el lado que nunca pasa—, salimos a Estameñería Vieja, Dr. Collado, Derechos, Martín Mengod... Tiran flores desde casa de mi madre... Virgen de la Paz, Tapinería,

y rápidos al altar...

Invitado por Enrique Olmos, subimos al piso donde era el Gremio-Colegio de Plateros, situado donde quedará el Santo. ¡Cómo se ve el agua caer a través del balcón abierto y adornado de los tapices y adornos del altar!

Ya es entre dos luces. Subiendo al Santo, como lo veo tan mojado, por señas le digo al señor Aznar que lo voy a secar...

Sólo llevo un pañuelo de rayas azules oscuras, llamado de "herbes" rústico, pero nuestro, de sabor huertano del que a veces se lo atan a la cabeza aún ahora los ya entrados en años, labradores de siempre, y con él mientras sube el Santo al tenerle cerca entre el estrépido de la música —Marcha Real—, los vítores de la gente, toda resguardada en paraguas, impermeables o cobijado en las paredes y una corta traca, límpiole, sobre todo, la cabecita completamente mojada... ¡Cómo sigo oyendo los gritos de la regular muchedumbre y los sonos ya menos fuertes de los músicos... porque sigue arreciando la lluvia!

Ya, en su lugar, prosigo la limpieza y secado de la imagen.

Me proporcionan una silla. Empieza a marcharse el personal, pero sigue incesante el aguacero.

Estoy en el lado derecho y puedo secarle también la manita que lleva el pañuelo, "el Mocadoret"...

Paso al otro lado. Por la mejilla caénle tres hilillos de agua que asemejan sudor.

El libro de plata ahora lo estoy secando. También la azucena, goteando las hojas, las pequeñas flores.

Vuelvo a secarle la carita ¡cómo está de humedecida!

Son las 8'18 horas, cuando ha quedado el Santo instalado en este altar.

Casi todos los años terminábase la fiesta alrededor de nueve y cuarto.

Ya casi no queda nadie. Marcháronse a seca.se, tal es el agua que nos pilló.

Subimos a casa mi madre. Le cuento lo ocurrido y, al mostrarle el pañuelo que llevo aún en la mano, su primer impulso ha sido el besarlo.

Y luego vuelve a referirme sus años jóvenes, cuando vivía con sus padres, primero, en Tapinería, luego en Verónica, aquí cerca de Pau el "asmolaor" y allá en la casa antigua antes de que fuera la carnicería de Dubón y ahora almacén de baúles y bolsas y bolsos de Sanchis..., aquel tablado en medio de la calle y dejando paso por bajo para que diese sus conciertos la música.

Ya son más de nueve de la noche. Mi esposa y yo tenemos que ir a casa, allá a la avenida del Cid, exactamente la calle del Archiduque Carlos...

Pero antes pasamos a despedirnos del Santo hasta mañana.

Esta calle, perfumada a rosa, pero para evitar resbalones esta barriada y de forma que no desmerece, porque a especie de varias tiras ha sido amontonada a lo largo y bajo del altar.

Sólo hay una señora rezando entre gozosa y llorando de emoción.

Nosotros también rezamos. Liueve de cada vez más. Nos despedimos por fin.

Llegamos a casa bastante mojados. Enseño el pañuelo con las señas de humedad a nuestros hijos. Lo dejo luego en la mesa. Me voy a cambiar de ropa. Oyese tronar bastante y por instantes.

Voy a por el pañuelo para guardármelo entre mis revistas y papeles y no lo encuentro. Vuelvo, miro, remiro, digo si alguien lo ha visto o lo ha cambiado de lugar... no se cómo, y está en la habitación de mis hijos... ¡Protégemelos y encaníñales...!

10'35 de la noche y lloviendo y también relampagueando y tronando. ¡Qué agua, Señor, está cayendo ahora...!